

En el capítulo seis, «El arte como mecanismo semiótico para la socialización de la emoción» de Darío Páez y colaboradores, se dice que «la obra de arte sería un símbolo complejo que activaría al máximo el pensamiento y lo que Vygotski denominaba el habla interna del sujeto, y al igual que en ella "(...) la palabra absorbe el sentido de las palabras anteriores y posteriores, extendiendo casi ilimitadamente su significado" (Vygotski en Wertsch, 1988, pág. 138)» (p. 144).

Para concluir, podemos decir que es un libro muy interesante para todos aquellos conocedores de los autores a los que el libro se dedica a releer y reinterpretar, con fines sintetizadores e integradores: Vygotski, Lewin y Mead, e interesados en la psicología social porque «los capítulos de este volumen nos sugieren que un diálogo extremadamente interesante y productivo entre los estudios socioculturales y la Psicología social está esperando producirse. (...) Como tal, este volumen nos proporciona un interesante punto de arranque para lo que promete ser una discusión larga y productiva» (pp. 189-190).

Antes de terminar, nos gustaría comentar que el libro es muy ambicioso pues intenta sintetizar las aportaciones de grandes autores y hacer una propuesta integradora fundamentándose en la teoría sociocultural. Esta ambición del libro sugiere en el lector interesado otras propuestas. Nosotros nos atrevemos a plantear que, tal vez, una vía para solucionar el problema de la doble vertiente individual y colectiva en la psicología social sea la fenomenología de Husserl. En particular, las nociones de intencionalidad e intersubjetividad.

Desde la fenomenología el mundo se presenta no sólo como mi mundo sino como mundo de otros. Siendo cada uno de nosotros, a la vez, sujeto en el mundo y objeto en el mundo. De lo que se sigue, que el otro no es un objeto que hallemos en el mundo, de un modo contingente, sino que es una condición constituyente

de la objetividad, del mundo intersubjetivo o, si lo prefieren, interpersonal. Y esta interpersonalidad, una vez constituida, ya no va a ser un hecho externo o accidental a mi propia existencia, sino que será constitutiva de ella, o dicho de otra forma, una vez que los otros están presentes en mi mundo interpersonal, ya no podré sacarlos de mi propia existencia, de mi subjetividad. Pero ésta es sólo una propuesta que nos hemos permitido hacer debido a lo sugerente del libro, a las dudas que plantea y a las puertas que abre.

Miguel Ángel Alcázar Córcoles

VARELA, J.: *Nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*. Madrid. La Piqueta, 1997, 245 pp., ISBN 84-7731-263-X.

¿Cómo abordar la complejidad del presente? ¿Cómo no dejarse atrapar en las redes de la «naturalización» y la «esencialización» del mundo social y de las subjetividades? ¿Cómo no reiterar lo ya sabido, esto es, cómo problematizar, conceptualizar y analizar las luchas de las mujeres en el presente? La investigación desarrollada por Julia Varela que toma cuerpo en este libro, responde, justamente, al rechazo de la naturalización y esencialización de una supuesta identidad femenina ahistórica, asocial, universal y se dirige al examen de la formación de la «esencia femenina», del «eterno femenino» y del cambiante desequilibrio de poder entre los sexos. De ahí que tenga por objeto *mostrar la lógica del proceso de constitución de un campo problemático, el nacimiento de la mujer burguesa en tanto que campo específico en el que se coagulan las relaciones desequilibradas de poder entre los sexos en la génesis de la Modernidad*. Desde una perspectiva de análisis

que se inserta en la Sociología del género, en el ámbito de las sociologías críticas, y que se presenta como una contribución que busca trascender visiones sectorializadas, la autora se enfrenta de forma clara y directa a aquellos problemas epistemológicos y metodológicos que configuran u obstaculizan el campo de la investigación en las ciencias sociales pero que también dan cuenta del modelo seguido en su indagación: *genealogía y dispositivo de feminización*, elementos nucleares para desentrañar la lógica de los procesos que sientan las bases de la Modernidad, para atender a la complejidad de las raíces que conforman nuestro presente. Así, pese a que la autora nos advierte amablemente en la introducción de la «aridez y de las dificultades» de los dos capítulos primeros dedicados a las cuestiones epistemológicas y metodológicas y, en cierto modo, casi anima a «saltárselos» y pasar directamente a la lectura de los capítulos de la segunda parte, esto es algo que de ningún modo aconsejamos; todo lo contrario, el esfuerzo merece la pena pues en esta primera parte se despliega con gran rigor el aparato analítico y conceptual que permite interrogarnos sobre nuestro presente, hacer un determinado uso de la historia, analizar la moderna redefinición de los sexos desde una óptica de larga duración y atender a los cambios que afectan a mujeres y hombres de determinados grupos y su interrelación con configuraciones sociales específicas.

En los dos capítulos de la primera parte por tanto, se trazan las líneas de la metodología de análisis social que «exige un determinado uso de la historia», es decir, la genealogía, que se circunscribe no sólo a Nietzsche y Foucault sino también a los análisis que llevaron a cabo los sociólogos críticos Marx, Max Weber y Durkheim. La sociología histórica desarrollada por estos autores rompe con una visión historicista, teleológica, identificada con una racionalidad abstracta y permite enfrentarse a problemas metodológicos nuevos, puesto que

el cambio, la discontinuidad, la contraposición entre una *historia general* —la nueva forma de entender el uso de la historia— se opone a una historia global, hasta entonces dominante, abriéndose al estudio de los procesos de cambio y a su lógica subyacente. Se oponen asimismo al realismo ingenuo para seguir el principio epistemológico de que «un objeto dotado de realidad social no equivale a un objeto sociológico», desarrollando una investigación reflexiva en la que sujeto y objeto están situados históricamente. Historicismo, esencialismo, psicologismo y positivismo, son puestos en cuestión por una sociología histórica que, conviene resaltar, tiene como una de sus características más fundamentales el «promover prácticas de libertad». Los sociólogos clásicos se ocupan de tres dimensiones importantes: las relaciones de poder, las formas de conocimiento y los procesos de individualización. N. Elías y M. Foucault continúan y renuevan la tradición metodológica de los clásicos, ahondando en los análisis que dan cuenta de la especificidad de los discursos y prácticas así como de sus interdependencias.

En el capítulo «Genealogía y feminismo» se pone en relación el modelo de análisis genealógico con el estudio del cambiante desequilibrio de poder entre los sexos (N. Elías) y el dispositivo de la sexualidad (M. Foucault). Se trata aquí de sentar las bases del *dispositivo de feminización*, denominación acuñada por Julia Varela para explicitar, conceptualizar y problematizar la lógica de los procesos que se superponen y refuerzan en lo que respecta al cambiante desequilibrio de poder entre los sexos y que se operativiza en la segunda parte del libro. Basándose en Foucault, esto es, asumiendo la «hipótesis productiva» —frente a la «hipótesis represiva»— se detiene en el debate suscitado por las investigaciones feministas y las críticas que, a partir de los años ochenta, se plantean a los trabajos de Foucault. Por

una parte, los análisis de Foucault y una serie de trabajos feministas van a converger en el antiesencialismo, antibiologismo y antipsicologismo, en poner en cuestión las racionalidades instituidas y en escapar del determinismo estructural y psicológico, desarrollando análisis específicos sobre el proceso de individualización, las relaciones de poder y las formas de conocimiento, en definitiva, sobre cómo se conforman en Occidente las subjetividades sexuadas. Por otra, no obstante, Foucault va a ser criticado por no prestar especial atención al género y a las mujeres. La autora concluye este capítulo sosteniendo que, si bien es cierto que algunos análisis feministas critican determinados aspectos de Foucault, todavía es pronto para hacer un balance de este debate ya que dichos análisis han tenido un crecimiento importante en los últimos diez años.

En la segunda parte entonces, se muestran los complejos procesos y la lógica de fondo a través del *dispositivo de feminización*, dispositivo que «hizo posible, pensable y representable la imagen de la mujer burguesa». Continuando la tarea emprendida por la sociología histórica y crítica, se cuestiona un discurso unitario, globalizante y sin matices, pretendidamente universal y ahistórico que afectaría igualmente a ciertas visiones feministas del patriarcado, de la familia, a ciertas generalizaciones y normativizaciones que se desprenden de análisis globalizantes y lineales que obstaculizan y oscurecen los procesos de naturalización del mundo social y de esencialización de las subjetividades sexuadas, de formación de *la feminidad*. En los tres capítulos de que consta esta segunda parte se analiza en primer lugar, cómo en Europa a partir del siglo XII se impone el matrimonio cristiano indisoluble y su contrapartida la prostitución, entendida cómo el oficio más moderno, puesto que —sostiene J. Varela— «el salario que recibieron y reciben las prostitutas por su *trabajo* podría ser considerado algo así como el grado cero de las

relaciones sociales capitalistas» (p. 224). En el libro se insiste en que el proceso de feminización y el análisis del cambiante equilibrio de poder entre los sexos no puede ser entendido si no se toma en consideración el capitalismo. En el capítulo IV se da cuenta de la expulsión de las mujeres burguesas de las universidades, es decir, del ámbito del saber legítimo, tratando de mostrar su estrecha relación con la institucionalización de las universidades cristiano-escolásticas y con el «intenso y cruel proceso de asignación a las mujeres de un estatus de extraterritorialidad social» (p. 225). En el capítulo V, se pone de relieve la contribución de los humanistas a la redefinición social de los sexos, examinando sus propuestas educativas, esto es, dando importancia a presentar «cómo operaban los diferentes modos de educación, propuestos por los humanistas para la "niñas" de los diferentes estados». Se da cuenta de cómo el humanismo cristiano durante los siglos XI y XVI desarrolla un proyecto de vida con carácter universalista, un modo de subjetivación dirigido, en principio, a todas las mujeres. Al mismo tiempo, destaca la creciente persecución y estigmatización de las prácticas y saberes, de las formas de vida de las mujeres y muy especialmente de las de las mujeres de las clases populares. El programa de domesticación y domesticidad, que cuaja significativamente en las nuevas clases medias, se condensará junto con la institucionalización de la prostitución, la imposición del matrimonio cristiano y la expulsión de las mujeres del ámbito del saber legítimo en el dispositivo de feminización y en la génesis de la mujer burguesa.

Obviamente esta exposición sintética de las cerca de 250 páginas del libro apenas refleja una pequeña parte de los bien documentados y argumentados análisis que lleva a cabo la autora, por ello animamos a su lectura, a una lectura necesariamente reflexiva que implica no desconectarse de la interrogación sobre el presente, sobre los

posibles efectos del dispositivo de feminización en la actualidad, que asuma la complejidad y la no linealidad. Siguiendo a Foucault, señala que el trabajo intelectual tiene sentido «en tanto que caja de herramientas que permita contribuir a objetivar y resolver problemas» y en este sentido el libro que comentamos es, sin duda, una buena y bien construida herramienta y su lectura así debe abordarse. Asimismo, ha de destacarse el compromiso o posición que alienta esta indagación con la democratización de la vida social, con la igualdad y la justicia, con aquellos saberes no ortodoxos, con el surgimiento de culturas alternativas, es decir con promover prácticas de libertad. De ahí que para concluir, nada mejor que las propias palabras de Julia Varela, con las que cierra sus Anotaciones finales: *Cuando los sujetos se asumen a sí mismos como sujetos que quieren ser libres y hacer la historia, no solo contribuyen a enriquecer un fondo común de conocimiento y un patrimonio colectivo de resistencia, sino que además asumen su propia existencia y, por tanto, se encuentran en condiciones de luchar por alcanzar nuevas cotas de libertad. Eligen la libertad frente a la servidumbre voluntaria.*

María Xosé Agra Romero

LIPMAN, M.: *Pensamiento complejo y educación*. Trad. Virginia Ferrer. Madrid. De la Torre, 1997, 364 pp., ISBN 84-7960-174-4.

En 1985, Lipman y la Filosofía para Niños eran algo totalmente desconocido en el mundo educativo y filosófico español. Tan sólo 12 años después, «Filosofía para Niños» se ha convertido en un potente movimiento de renovación pedagógica en el que están implicados cientos de profesores y decenas de miles de alumnos. Incluso cuenta con una entrada específica en la úl-

tima edición del diccionario de filosofía de Ferrater Mora. En el resto del mundo, la difusión del programa *Philosophy for Children* ha sido también espectacular; el currículum de Matthew Lipman y Anne Sharp ha sido traducido ya a numerosos idiomas y es utilizado en escuelas de los cinco continentes y ámbitos culturales tan distintos como Taiwan, Nigeria o Islandia. Como suele suceder, el éxito del programa puede deberse a la misma sencillez de su propuesta inicial: si queremos que nuestros estudiantes desarrollen las capacidades de razonamiento exigidas en la sociedad actual, parece conveniente que prestemos atención al desarrollo de las mismas desde los primeros años de la infancia. La filosofía es la disciplina que tradicionalmente se ha ocupado de estos temas en nuestra tradición cultural. Demos, por tanto, a los niños la posibilidad de hacer filosofía desde muy pequeños, desde la misma escuela infantil.

En este caso, la sencilla idea inicial da paso a un elaborado currículum que ofrece al profesorado un conjunto espléndido de materiales para poder hacer filosofía desde la primera infancia hasta los últimos momentos de la educación obligatoria y más tiempo aún si se quiere. La propuesta inicial gana así solidez y ambición, hasta convertirse en una de las mejores propuestas para elevar la calidad de nuestros sistemas educativos: si queremos personas capaces de pensar de forma crítica y creativa, debemos darles la oportunidad de aprender a pensar por sí mismas, algo que conseguirán si les damos el tiempo y el espacio para hacer filosofía y pensar en su propio pensamiento y en todos aquellos temas importantes en los que los seres humanos nos jugamos el sentido de nuestra existencia. La filosofía y la metacognición, en un marco coherente de intervención educativa, se convierten en la piedra angular de la propuesta.

Pensamiento complejo y educación, nos aporta una fundamentación más am-